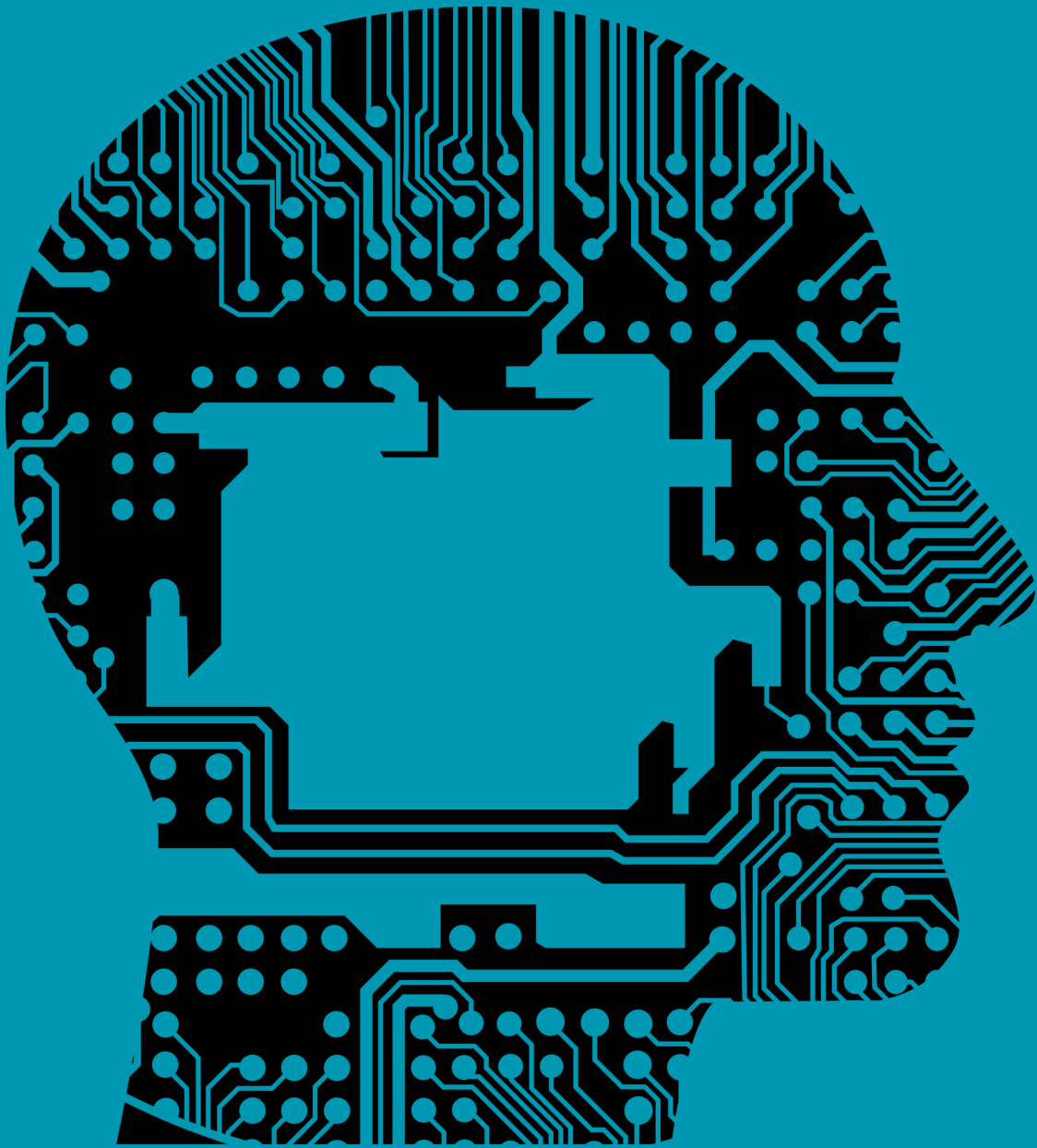


V1. Ideas sobre la docencia universitaria en la era de la IA

DOCENTIA LECTURES

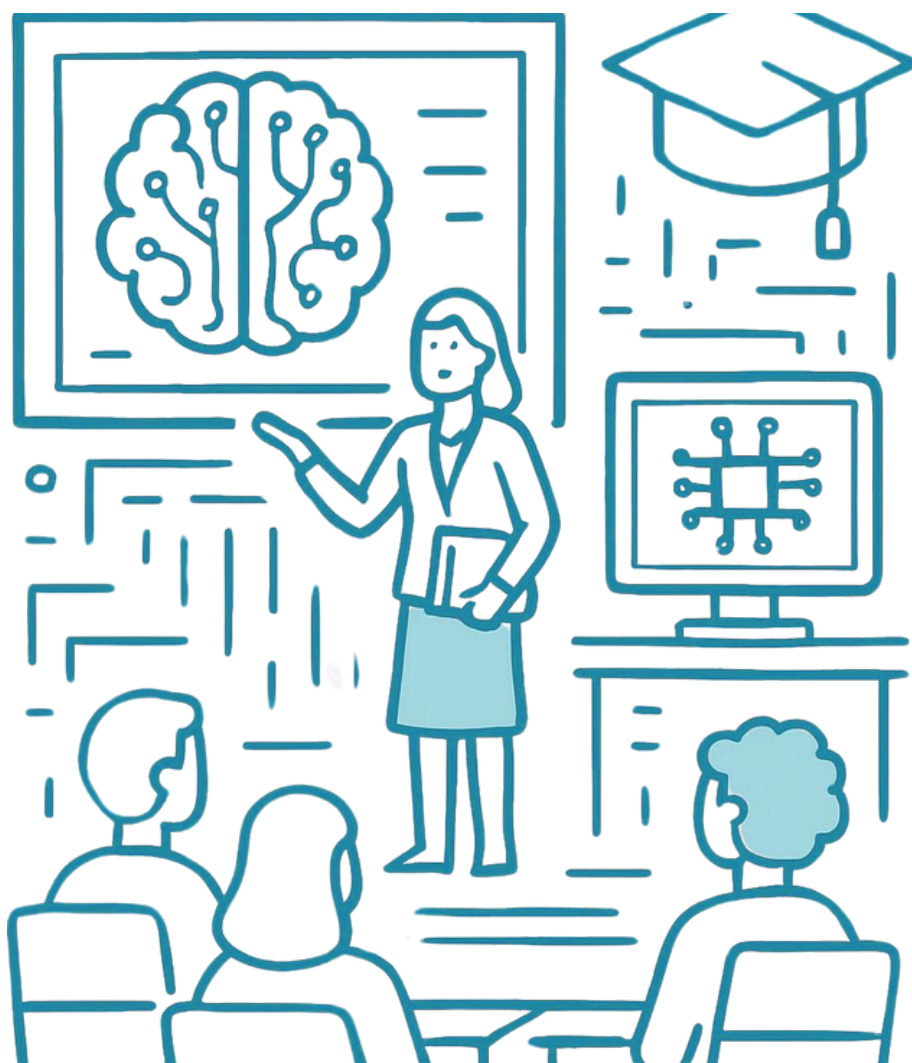


La IA en Educación Superior:
Una oportunidad para reducir las brechas de aprendizaje

¿Qué contiene esto?

INTRO: ¿Qué hacemos en **DOCENTIA**?

- 1.- **La IA en Educación Superior:** una oportunidad para reducir las brechas de aprendizaje.
- 2.- **El aula en 2030 tendrá profesores...** y agentes.
- 3.- **Inteligencia Artificial e Integridad Académica:** La controversia que la universidad no puede ignorar
- 4.- **Automatización cognitiva:** ¿Qué competencias debería priorizar la universidad?



Los docentes no son todos iguales – no aprenden de la misma manera, ni parten del mismo lugar. Un centro que aspire a acompañar trayectorias reales debe ser capaz de ofrecer rutas de aprendizaje adaptadas a esa diversidad, no itinerarios rígidos que ignoren las diferencias

intro

¿Qué hacemos en DOCENTIA?

Hay centros universitarios que existen para cumplir una función administrativa. Y hay otros que existen porque alguien decidió que la docencia merece ser pensada en serio. DOCENTIA, el Centro de Innovación y Desarrollo Docente de la Universidad Autónoma, se inscribe en esa segunda categoría. Y este 2026, nuestro trabajo se concentrará en torno a tres focos que no son casuales: responden a lo que la educación superior chilena necesita con urgencia.

1. Innovación educativa y modernización digital: más que herramientas, un cambio de lógica

Hablar de tecnología en educación es fácil. Hacerlo bien es otra cosa. En DOCENTIA no se trata de incorporar herramientas digitales porque está de moda, sino de implementar un modelo de adopción tecnológica que tiene un objetivo concreto: disminuir las brechas digitales mediante la transversalización de habilidades tecnológicas. Eso significa que la Inteligencia Artificial Generativa no llega al aula como un experimento aislado, sino como parte de proyectos pedagógicos diseñados con criterio.

El otro eje de este foco es el de los ambientes de aprendizaje. La sala de clases tradicional ya no es el único ni necesariamente el mejor espacio donde ocurre el aprendizaje. DOCENTIA apuesta por ambientes multimodales que le dan un lugar central a la educación en línea y a modelos activos basados en tecnología, donde el estudiante no recibe contenido sino que lo construye.

2. Formación y desarrollo de profesional académico: resignificar lo que significa ser docente universitario

Durante décadas, la universidad midió la calidad de sus académicos casi exclusivamente por su producción investigativa. Publicar o perecer, decía el axioma. Ese modelo dejó en segundo plano algo fundamental: que un académico también enseña, y que enseñar bien es una competencia que se desarrolla, no un don que se tiene o no se tiene.

La ruta formativa de DOCENTIA apunta exactamente ahí: transformar a los académicos en expertos facilitadores del aprendizaje. No se trata de reemplazar la investigación, sino de superar la lógica que la pone por encima de todo lo demás y avanzar hacia una concepción integral de la profesión docente. A eso se suma el compromiso con la actualización continua, entendida no como capacitaciones puntuales sino como comunidades de aprendizaje que sostienen la innovación en el tiempo.

3. Acompañamiento y trayectorias docentes: porque mejorar la docencia es mejorar el aprendizaje

El tercer foco es quizás el más concreto en su impacto. DOCENTIA realiza observación y retroalimentación directa en el aula, con un principio que lo ordena todo: el mejoramiento de la docencia es la vía principal para asegurar que el estudiante logre los resultados de aprendizaje esperados. No hay otra forma de decirlo con más claridad.

Y lo complementa una apuesta por la flexibilidad curricular. Porque los docentes no son todos iguales, no aprenden igual ni parten desde el mismo lugar. Un centro que aspire a acompañar trayectorias reales tiene que ser capaz de ofrecer rutas de aprendizaje adaptadas a esa diversidad, no itinerarios rígidos que ignoran las diferencias.

Tres focos, una convicción común: que la calidad de la educación superior depende, en gran medida, de lo que ocurre entre un docente y sus estudiantes dentro y fuera del aula. Y que eso no mejora solo, ni por decreto. Mejora cuando hay un centro que lo piensa, lo acompaña y lo hace posible.

01

La IA en Educación Superior: una oportunidad para reducir las brechas de aprendizaje

Los datos no dejan mucho espacio para la neutralidad. El 88% de los estudiantes reportó mejoras académicas tras incorporar inteligencia artificial generativa a su proceso de aprendizaje, y un 30% logró reducir el tiempo dedicado a tareas complejas. Son cifras que, en cualquier otro contexto, se celebrarían sin matices. Pero la educación superior no es cualquier contexto, y el mismo estudio revela que un 55% de los estudiantes percibe que la IA ya está impactando la integridad académica.

Ahí está la tensión real.

Porque la pregunta que hoy deben hacerse las universidades no es si permitir o prohibir el uso de estas herramientas, sino cómo integrarlas sin perder lo que la formación universitaria debe proteger: la capacidad de pensar de forma autónoma, de resolver problemas sin un algoritmo de por medio, de producir conocimiento con autoría genuina.



La clave no está en prohibir la IA, sino en integrarla de manera reflexiva. No como una amenaza al aprendizaje, sino como un instrumento a su servicio

Los riesgos que no podemos ignorar

El 34% de los estudiantes encuestados manifestó preocupación por que el uso excesivo de IA afecte su capacidad de aprendizaje independiente. No es una preocupación menor, y el hecho de que provenga de los propios estudiantes le da un peso particular. Ellos mismos advierten sobre la dependencia tecnológica y el riesgo de que delegar tareas cognitivas en una herramienta haga perder, con el tiempo, las habilidades que esa herramienta reemplaza.

A eso se suma el problema de la integridad académica — el riesgo de que circulen trabajos sin intervención real del estudiante — y una dimensión que suele quedar fuera del debate: la brecha digital. No todas las universidades ni todos los estudiantes acceden por igual a estas tecnologías, lo que puede ampliar desigualdades que la educación superior debería estar cerrando, no profundizando.

Cómo integrar la IA con criterio pedagógico

Los beneficios documentados son concretos. Los tutores inteligentes permiten personalizar el contenido según el ritmo y las necesidades de cada estudiante. Se han registrado mejoras en matemáticas y ciencias gracias a la retroalimentación inmediata. Y herramientas de redacción, resumen y organización académica están aliviando cargas administrativas que antes consumían tiempo valioso.

Pero aprovechar esos beneficios requiere decisiones institucionales deliberadas. Las estrategias de uso responsable apuntan en una dirección clara: evaluaciones orales y argumentativas que no puedan ser delegadas a un modelo, problemas aplicados y contextualizados que exijan razonamiento situado, formación en ética digital como parte del currículo y no como añadido, y una regulación explícita del uso que establezca límites sin criminalizarlo.

El docente no desaparece: se transforma

Quizás el cambio más profundo no está en los estudiantes sino en quienes enseñan. El nuevo rol docente no es el de transmisor de información — esa función ya la cumple, y con creces, cualquier modelo de lenguaje. El docente que la universidad necesita hoy es un facilitador del pensamiento crítico: alguien que guíe el uso de la IA, que enseñe a cuestionar los algoritmos, y que fortalezca las habilidades que ninguna herramienta puede reemplazar — la creatividad, la empatía, el juicio ético.

La clave no es prohibir la IA, sino integrarla con criterio. Su adopción debe ir acompañada de políticas éticas que garanticen un uso justo, transparente y complementario a la enseñanza. No como amenaza al aprendizaje, sino como instrumento al servicio de él.

02

El aula en 2030 tendrá profesores... y agentes

Durante años, el debate sobre inteligencia artificial en la educación giró en torno a una pregunta que, en el fondo, era la equivocada: ¿reemplazará la IA al docente? La pregunta correcta es otra, más específica y más urgente: ¿qué tipo de IA estamos hablando, y está la universidad preparada para integrarla con criterio?

Porque no toda IA educativa es igual. Y esa diferencia importa más de lo que parece.

Chatbot y agente: no es lo mismo

Cuando la mayoría de las personas imagina IA en el aula, piensa en un chatbot: algo que responde preguntas, que espera su turno, que no recuerda el contexto de una sesión a otra. Útil, sí. Pero limitado en su concepción pedagógica.

Un agente educativo es otra cosa. Actúa, planifica, adapta el contenido de forma autónoma. Toma decisiones sin que nadie le pregunte nada. La diferencia clave no es técnica sino funcional: el agente tiene objetivos propios y los persigue. No es un asistente pasivo; es un compañero pedagógico activo que opera en paralelo al docente, no como sustituto sino como colaborador con capacidad de iniciativa.

Lo que hace un sistema multiagente en el aula

Un sistema multiagente lleva esa lógica un paso más allá. No es "más IA" en términos de cantidad, sino una arquitectura donde varios agentes trabajan simultáneamente con funciones diferenciadas: uno adapta el contenido según el ritmo de cada estudiante en tiempo real, otro detecta dificultades antes de que el propio alumno las nombre, otro coordina con el resto para diseñar la siguiente clase en función del desempeño del grupo.

La investigación respalda esto con datos concretos. Un estudio con 305 estudiantes universitarios realizado por la Universidad Tsinghua en 2025 demostró que los sistemas multiagentes mejoran el aprendizaje personalizado y aumentan la motivación, con mayor impacto precisamente en quienes parten con menor conocimiento previo. Es decir, donde más se necesita.

¿El docente desaparece? No.

Aquí es donde el debate suele desviarse hacia el miedo, y donde conviene ser precisos. El docente no desaparece. Su rol evoluciona: deja de ser el transmisor central de información para convertirse en orquestador de experiencias de aprendizaje. Esa distinción no es semántica; implica un rediseño profundo de cómo se concibe la enseñanza universitaria.

El problema real no es la tecnología sino la superficialidad con que muchas instituciones la adoptan. Las universidades que incorporan herramientas sin rediseñar su currículo no aprovechan el verdadero potencial de estos sistemas, y en el peor de los casos, añaden complejidad sin agregar valor. La personalización a escala — algo técnicamente imposible solo con recursos humanos — se vuelve viable únicamente cuando hay una arquitectura pedagógica que la sostenga. Y esa arquitectura la diseñan personas, no algoritmos.

Hay además una dimensión que no puede quedar como reflexión posterior: la ética, la privacidad y la integridad académica deben ser condiciones de diseño desde el principio, no parches que se agregan cuando ya algo salió mal.

La pregunta que no podemos seguir postergando

La pregunta no es si los sistemas multiagentes llegarán a la universidad. Ya están llegando. La verdadera interrogante es si nuestras instituciones de educación superior estarán preparadas para recibirlos: con docentes formados, con currículos rediseñados, con políticas claras y con la convicción de que la tecnología, por sofisticada que sea, no reemplaza el juicio pedagógico. Lo amplifica, cuando está bien dirigida.

Esa preparación no ocurre sola. Requiere centros que piensen la docencia en serio, que acompañen a los académicos en la transición y que pongan la pregunta correcta sobre la mesa antes de que la urgencia obligue a improvisar.



La integridad académica en la era de la IA no es un problema técnico. Es un problema pedagógico, ético e institucional. Y como tal, requiere formación, no solo software

03

Inteligencia Artificial e Integridad Académica:

La controversia que la universidad no puede ignorar

La inteligencia artificial generativa avanza más rápido que las normas que intentan regularla. Esa no es una metáfora: es la realidad concreta que hoy enfrentan las universidades chilenas, que conviven simultáneamente con protocolos incipientes, ajustes pedagógicos improvisados y una pregunta que nadie ha logrado responder del todo: ¿cómo incorporar estas herramientas sin que reemplacen el aprendizaje?

La pregunta es legítima y urgente. Porque el problema no es que los estudiantes usen IA — la usan, y seguirán usándola — sino que las instituciones no han definido con claridad qué significa usarla bien, qué constituye una falta académica en este nuevo escenario, y cómo diseñar evaluaciones que sigan midiendo lo que deben medir: el pensamiento del estudiante, no la capacidad generativa de un modelo.

Desde DOCENTIA decidimos hacernos cargo de esta controversia de frente, a través del curso de la Ruta de Formación Docente, "Integridad Académica". No como una respuesta punitiva ni como una defensa ciega de la tradición, sino como un espacio de formación docente que pone la discusión donde corresponde: en quienes enseñan y evalúan.

Tres ejes que ordenan el debate

El curso se estructura en torno a tres focos que, juntos, cubren el espectro completo del problema.

El primero es el plagio en su versión contemporánea. Ya no basta con detectar copia entre textos: el plagio generado por IA plantea desafíos distintos, más difusos y más difíciles de probar. El curso entrega estrategias y herramientas concretas para identificarlo y prevenirlo, pero sobre todo para entender por qué ocurre y cómo el diseño de las evaluaciones puede reducir su probabilidad desde el origen.

El segundo eje es el trabajo ético. La integridad académica no es solo un conjunto de prohibiciones; es una postura frente al conocimiento. El curso aborda los principios que deben guiar un quehacer docente honesto, transparente y responsable en el contexto de las nuevas tecnologías, reconociendo que los propios docentes también usan IA y que esa realidad también requiere criterios claros.

El tercero son las buenas prácticas, y es quizás el más concreto en su aplicabilidad. No alcanza con diagnosticar el problema: los docentes necesitan herramientas que puedan implementar en su aula el semestre siguiente.

Lo que se hace, no solo lo que se prohíbe

Las prácticas que el curso desarrolla apuntan a un rediseño profundo de cómo se evalúa y cómo se documenta el proceso de aprendizaje. Las evaluaciones orales y las defensas en tiempo real devuelven al centro la voz del estudiante, su capacidad de argumentar y de responder en vivo lo que dice haber aprendido. Las entregas progresivas y las bitácoras de proceso hacen visible el camino recorrido, no solo el producto final, que es exactamente lo que la IA puede fabricar sin dejar huella.

Hay dos elementos que merecen atención especial. El primero es la declaración de uso transparente de IA: un acuerdo explícito entre docente y estudiante sobre qué herramientas se usaron, para qué y cómo se verificó el trabajo propio. No es una acusación anticipada; es un contrato de confianza. El segundo es la trazabilidad, entendida como la capacidad de responder tres preguntas simples pero reveladoras: qué usé, para qué lo usé, y cómo verifiqué que el resultado era mío.

El curso propone también algo que va a contracorriente de la tendencia a automatizarlo todo: el criterio docente debe primar sobre la detección automática. Los sistemas de detección de IA cometen errores, generan falsos positivos y no capturan el contexto. El juicio profesional del académico, formado y acompañado, sigue siendo irremplazable.

La integridad académica en la era de la IA no es un problema técnico. Es un problema pedagógico, ético e institucional. Y como tal, requiere formación, no solo software.

04

Automatización Cognitiva:

¿Qué competencias debería priorizar la universidad?

Hay una pregunta que la automatización cognitiva le plantea hoy a la universidad con una claridad incómoda: si la inteligencia artificial ya puede procesar información, evaluar contenidos repetibles, generar texto y código, y entregar retroalimentación estandarizada, ¿para qué estamos formando a nuestros estudiantes? ¿Qué les estamos enseñando a hacer que una máquina no pueda hacer mejor, más rápido y sin cansarse?

La respuesta no es tranquilizadora si uno mira con honestidad los planes de estudio vigentes. Porque una parte significativa de lo que hoy enseñamos y evaluamos en la universidad cae exactamente dentro de lo que la IA ya automatiza. Y eso no es una amenaza futura: es el presente.

La brecha que el currículo debe reconocer

Existe una distinción que resulta urgente hacer visible. Por un lado, lo que la IA ya hace con eficiencia: procesar información a escala, evaluar contenidos repetibles, generar texto y código, entregar retroalimentación estandarizada. Por otro, lo que ningún algoritmo ha logrado replicar de forma genuina: el juicio ético situado, el pensamiento crítico autónomo, el vínculo pedagógico relacional, la creatividad con sentido propio.

La consecuencia directa de no hacer esta distinción es grave: los planes de estudio diseñados para transmitir información están siendo desplazados por la tecnología. Los que forman juicio, criterio y vínculo, en cambio, no tienen sustituto algorítmico. Como señala el documento de trabajo de Pablo-Martí y Mir-Fernández sobre el currículo universitario ante la IA, la educación basada en transmisión se vuelve obsoleta; sobreviven los roles relacionales, regulatorios y creativos.

El currículo universitario enfrenta así una presión inédita: redefinirse no en función de lo que sabe transmitir, sino de lo que solo los seres humanos pueden formar.

Las cinco competencias que ningún diseño curricular puede reemplazar

Frente a ese escenario, la pregunta relevante no es qué eliminar del currículo, sino qué proteger con deliberación. Hay cinco competencias que la evidencia y la reflexión pedagógica sitúan en el centro de lo irremplazable.

La primera es el juicio ético en contextos ambiguos: la capacidad de razonar en dilemas que no tienen respuesta única, donde los valores entran en tensión real y donde la corrección no se puede calcular. Ningún modelo de lenguaje razona desde valores propios; opera desde patrones estadísticos.

La segunda es el pensamiento crítico autónomo, entendido no como la habilidad de formular buenas preguntas a un sistema de IA, sino como la capacidad de construir marcos conceptuales propios, de cuestionar los supuestos de base, de llegar a conclusiones que nadie le dictó al estudiante.

La tercera es el vínculo pedagógico y el acompañamiento. La presencia docente tiene una dimensión afectiva y motivacional que no tiene equivalente algorítmico. Un tutor inteligente puede adaptar el contenido; no puede sostener a un estudiante en crisis, celebrar con genuino orgullo un logro difícil, ni transmitir la convicción de que ese estudiante es capaz de más.

La cuarta es la creatividad con sentido humano. La IA genera, combina, reconfigura. Pero la creación que surge de la experiencia vivida, de la emoción particular, del cuerpo situado en el mundo, no puede ser replicada por un sistema sin experiencia propia del mundo.

La quinta es la resolución de problemas inéditos: razonar desde la incertidumbre ante situaciones sin precedente, donde no existe dato histórico ni patrón previo que guíe la respuesta. Es exactamente el tipo de problema que más abunda en el mundo real y que los modelos actuales manejan peor.

Lo que debe cambiar en los planes de estudio

Reconocer estas competencias no basta si el currículo sigue organizado como siempre. Cuatro cambios son necesarios y posibles.

El primero es pasar de la transmisión a la problematización: diseñar situaciones pedagógicas sin respuesta correcta única, que exijan deliberación ética real en lugar de reproducción de contenido. El segundo es integrar la ética como eje transversal de cada disciplina, no como asignatura aislada que se cursa una vez y se olvida.

El tercero, y quizás el más urgente en términos prácticos, es rediseñar la evaluación. Evaluar procesos de razonamiento en lugar de solo productos finales cambia radicalmente lo que el estudiante aprende a hacer y lo que la institución aprende sobre él. Si la evaluación puede ser resuelta por una IA, esa evaluación no está midiendo lo que debería medir.

El cuarto es fortalecer el rol docente relacional: reconocer el acompañamiento humano no como un complemento afectivo al margen del aprendizaje real, sino como una competencia pedagógica central e insustituible, que merece ser valorada, formada y protegida institucionalmente.

Basado en el documento de trabajo "El currículo universitario ante la IA: estrategias para gestionar la incertidumbre radical (2025-2031)" de Pablo-Martí, F. & Mir-Fernández, C. DOCENTIA · Centro de Innovación y Desarrollo Docente · Universidad Autónoma de Chile docentia.uautonoma.cl

LA PREGUNTA QUE DEBEMOS HACERNOS HOY

Si la IA puede hacer lo que enseñamos, la pregunta que la universidad no puede seguir postergando es simple y exigente a la vez:

¿Qué estamos formando que la IA no puede aprender?

La respuesta a esa pregunta debería ser el punto de partida de todo rediseño curricular serio. No desde el miedo a la tecnología, sino desde la convicción de que hay algo en la formación humana que vale la pena defender con deliberación, con criterio y con urgencia.

Biblio

Ideas/Inspiraciones

La IA en Educación Superior: Una oportunidad para reducir las brechas de aprendizaje

Source: IFE Observatory, Tec de Monterrey. Dr. Mauro Rodríguez Marín, 2025.

Automatización Cognitiva: ¿Qué competencias debería priorizar la universidad?

Based on the working paper “The University Curriculum in the Face of AI: Strategies for Managing Radical Uncertainty (2025–2031)” by Pablo-Martí, F. & Mir-Fernández, C.

Nota del editor:

Los artículos contenidos en este newsletter fueron publicados en formato de infografías en nuestras plataformas digitales de Instagram y LinkedIn.

¿Quiénes somos en **DOCENTIA?**

Hernán Viguera: Vicerrector Académico

Gustavo Pavez Von Martens: Director de Docencia Pregrado

Patricia Ibáñez: Directora de Desarrollo Docente

Cintia Montenegro: Coordinadora de Acompañamiento Docente

Mauricio Saavedra: Coordinador de Innovación e Investigación Educativa

Carlos Loyola Lobo: Periodista. Editor de DOCENTIA LECTURE

VOL.1

ISBN: 978-956-417-172-2

MAYO 2026

